

PALACIO DE LAXENBURG

Viena, sábado 21 de agosto de 1858 (21.15h)

CIENTO una salvas de artillería atronaban en el cielo de la ciudad ya Cadormecida, para anunciar la llegada del heredero. Estallaba el júbilo. El nacimiento se acompañaría de generosos donativos para el pueblo.

La soberana miraba complacida al recién nacido. Había sido un varón y su cuerpo, por fin, podría descansar. Se habían acabado los partos en presencia de la Corte. La sucesión del trono estaba asegurada.

Pero su alegría se veía ensombrecida al pensar que, tal como había sucedido en sus anteriores embarazos,¹ después del alumbramiento el protocolo le negaría el derecho a seguir ejerciendo de madre. No podría amamantar a su hijo, ya habían contratado a tal efecto a una nodriza de Moravia. Ni cuidarlo, ni tampoco educarlo, de esto se encargarían su suegra y sus preceptores. Debería contentarse con verlo crecer a distancia.

El emperador, de pie junto a la cama de su esposa, la contemplaba con admiración. Recordaba que un día, hacía ya cinco años, le había pedido que se casara con él y le ayudara a soportar la carga del poder. Y ahora Elisabeth colmaba todos sus anhelos dándole un heredero. Miró orgulloso al nuevo archiduque y se inclinó ligeramente para susurrar al oído de la emperatriz:

1. Nacimiento de la archiduquesa Sofía en 1855, fallecida en 1857, y de la archiduquesa Gisela en 1856.

—Dios nos ha dado un hijo formidable. Será fuerte y valiente.

Luego la besó en la frente y le ofreció un valioso collar de perlas como muestra de su gratitud:

—Te ruego que lo aceptes, querida, es el testimonio de mi más profundo agradecimiento.

Con manos temblorosas se quitó la Orden del Toisón de Oro² que colgaba de su cuello, emocionado la colocó sobre el pecho del niño, que estaba en brazos de su madre y dijo:

—Se llamará Rudolf, igual que el fundador de la Dinastía.

Y también obsequió al niño con el grado de coronel del Décimo noveno Regimiento de Infantería:

—Que a partir de este día llevará el nombre de Kronprinz.³ Quiero que este hijo, que me ha sido otorgado por la gracia del Todopoderoso, pertenezca desde su llegada al mundo a mi valeroso Ejército.⁴

AEROPUERTO INTERNACIONAL

Barcelona, martes 25 de mayo de 2004 (16.00h)

Heinrich Braum llegó a Barcelona procedente de Viena, con cincuenta minutos de retraso sobre el horario previsto. Sucedió que, sin información previa, Austrian Airlines sorprendió al pasaje al efectuar una escala técnica en el aeropuerto de Milán. Después del imprevisto aterrizaje, Heinrich se removió varias veces en su asiento, y entonces descubrió al individuo, que días atrás había visitado su tienda de Parkring, de pie en medio del pasillo del avión, dispuesto a coger una carpeta de su equipaje de mano.

2. Orden de caballería fundada en 1429 por el duque de Borgoña, que siempre estuvo ligada a la Casa de Austria. Después de la coronación de Felipe V de Borbón como rey de España, éste concedió a Carlos VI de Habsburgo, entonces emperador de Austria, la dignidad de Gran Maestre de la Orden con carácter vitalicio y privado de derecho de transmisión. Sin embargo, después de su muerte, los emperadores del Sacro Imperio siguieron ostentando el gran maestrazgo de la rama austriaca, sin atender a las protestas de los monarcas españoles, que siempre cuestionaron su legitimidad.

3. Príncipe heredero.

4. Wiener Zeitung, rotativo vienés, 23 de agosto de 1858.

El temor a que se repitieran atentados terroristas como los que habían sacudido al mundo occidental en los últimos meses requería extremar las precauciones. Con la exageración de controles aéreos, cada vez que Heinrich viajaba, lo que sucedía con frecuencia, no tenía ni la más remota idea de la hora de llegada a su destino. Los contratiempos le fastidiaban, y más si se producían por causas ajenas a su voluntad.

HOTEL PALACE

Barcelona, martes 25 de mayo de 2004 (16.30h)

Cuando el taxi paró frente al hotel donde Braum tenía previsto hospedarse, un bedel con aparatoso sombrero de copa se apresuró a abrir la puerta del vehículo y darle la bienvenida, mientras que otro se ocupó de su equipaje. Comprobó que aquellas formalidades propias de la empresa no habían cambiado desde su última estancia. En el interior del edificio se mantenía inalterable la ornamentación excesiva. El suelo de dibujos circulares en mármol gris y blanco brillaba ostentosamente, y la majestuosa escalera que conducía a las plantas superiores escapaba a la herrumbre cada vez más visible en oropeles y latones, presentes en todos los rincones. Claro que habría podido alojarse en otro establecimiento más moderno y confortable, pero él era un hombre de costumbres y a estas alturas de la vida los cambios se le antojaban complicados.

Cruzó el vestíbulo de entrada y su natural elegancia llamó la atención de algunos clientes. Llevaba un traje azul marino, de corte impecable, camisa celeste y corbata en tonos malvas. Su pelo completamente blanco y abundante le cubría la nuca y contrastaba con su piel ligeramente morena. Su intensa mirada grisácea se escondía detrás de unas gafas de fina montura metálica dorada.

En recepción cumplimentó las diligencias de registro, dejó un pequeño maletín en una de las cajas de seguridad, y un botones le acompañó hasta su habitación, a pesar de que conocía el camino de memoria. Como en anteriores ocasiones, iba a ocupar la Suite Real Salvador Dalí.

Al entrar despidió al empleado con una generosa propina. Descubrió que el champagne y la cesta de fruta, que tantas veces había

compartido en grata compañía, reposaban encima de la mesita velador del salón. Esta vez nadie bebería con él. A pesar de que parecía derrochar vitalidad, se sentía viejo y cansado y ya no era capaz de resistir las mismas emociones de antes. Ahora su amor por Anna llenaba su soledad.

Se quitó la americana y se dejó caer en la mullida cama de cabezal tapizado que tan gratos recuerdos le traía; deseaba descansar después de aquel incómodo viaje.

Miró su reloj y pensó: «Demasiado pronto para cenar, y más en España; esperaré hasta las siete».

Puso en marcha el televisor. La programación, como sucedía en todas partes, sólo era apta para personas de cerebro evaporado, y la apagó de inmediato. Desengañado, cogió de su cartera un ejemplar del *Die Presse* y lo hojeó de nuevo. En la portada destacaban las fotografías de los cuatro candidatos a la Alcaldía de Viena, que se presentarían en las próximas elecciones municipales del mes de octubre. Friedrich Wagner por el FPÖ Partido Liberal, Stefan Pfister por el ÖVP Partido Popular, Leopold Götz por el SPÖ Partido Socialdemócrata y Josef Muhr por el KPÖ Partido Comunista...

Pero el agotamiento le venció y pasados unos minutos se quedó profundamente dormido.

PALACIO DE SCHÖMBRUNN⁵

Viena, jueves 15 de marzo de 1860 (16.00h)

A pesar de los celos de su abuela paterna, que consideraba a su nuera una excéntrica y pretendía mantener a sus nietos alejados de su influencia, el heredero dio sus primeros pasos de la mano de la emperatriz, que acababa de sacarlo de su cuna para llevarlo al cuarto de juegos:

—Rudolf, mamá ya ha llegado —le dijo mientras le besaba en la frente—, vamos a ver a Gisela.⁶

5. Palacio de verano de la familia imperial en Viena.

6. Archiduquesa Gisela de Habsburgo, hija de los emperadores Franz Josef y Elisabeth de Austria, hermana mayor de Rudolf.

Como siempre, al pequeño se le iluminó la cara al verla, y se despidió de su niñera con una tierna sonrisa.

Junto a Elisabeth, el archiduque cruzaba los interminables pasillos de palacio para ir al encuentro de su hermana, deteniéndose cada vez que tropezaban con un retrato de alguno de sus predecesores, que colgado de la pared parecía observarles desde el pasado:

—Ésta es Maria Antonieta, reina de Francia, tía lejana de papá —le susurró al oído la soberana como si esperara que el niño le entendiera.

Rudolf repitió:

—¡Papá! ¡Papá!... —y la saludó con la mano.

Gisela, que acababa de merendar, les recibió con un fuerte abrazo, que hizo temblar el frágil equilibrio del príncipe erguido.

Elisabeth participaba en los juegos de sus hijos, vestía y peinaba las muñecas de la archiduquesa, y sentada en el suelo soltaba su espléndida melena y la dejaba caer sobre el parqué, mientras el heredero se paseaba por encima como si se tratara de una alfombra. Las risas se multiplicaban cuando el pequeño caía torpemente y la soberana, divertida, le preguntaba:

—Rudolf, si no puedes aguantarte de pie, ¿cómo vas a soportar el peso de la corona?

HOTEL PALACE

Barcelona, martes 25 de mayo de 2004 (23.10h)

El sonido del teléfono interrumpió el sueño de Braum:

—Hello.

—*Gute nacht*, Heinrich. ¿Acaso no pensabas llamarme? —era Otto von Akermann, su compañero de algazaras de juventud—. Sigues siendo el mismo sinvergüenza de siempre, llegas a Barcelona al mediodía, y es casi medianoche y aún no has dado señales de vida.

—Un abrazo, Otto. Después de cenar pensaba...

—¿Todavía no has cenado?

—Es muy pronto. Estaba esperando...

—¡Pronto! ¡Son más de las once!

—Pero si eran las cinco de la tarde cuando...

Contrariado, se disculpó:

—Perdona, quería haberte llamado antes, pero el viaje ha sido una pesadilla. Al llegar al hotel me he tumbado en la cama y... ¡Ya ves! Me he quedado dormido.

—Espero, que al menos haya sido en buena compañía.

—¡Qué más quisiera, amigo mío! A mis años la pasión sólo me sorprende de vez en cuando.

—Pues conviene aprovecharlo.

—¡Uf! Soy demasiado viejo. ¡Tengo tantas ganas de jubilarme! Te aseguro que éste será mi último trabajo.

—Aunque el asunto de la Gutenberg Platz te haya resultado muy rentable, no pienso escuchar más tonterías sobre tu retiro anticipado. El frío y la niebla de Viena te oscurecen la mente, y cuando llega la primavera empiezas a desvariar. Tendrías que hacer como yo y vivir en un país más cálido, la vejez se soporta mejor. ¿Debo entender que todavía sigue en pie nuestra cita de mañana?

—Por supuesto. ¿Qué tal a las doce?

—Perfecto. Veremos tu pequeño tesoro y después comeremos juntos. Te voy a preparar una paella, que como dicen aquí, te vas a chupar los dedos.

—¡Fantástico! Entonces no hay más que hablar.

—*Gute nacht*, Heinrich.

—*Aufwiedersehen*, Otto.

Después llamó al servicio de habitaciones para que le sirvieran una cena fría; no había comido nada decente desde que salió de Austria y el hambre empezaba a corroerle el estómago.

PALACIO DE SCHÖMBRUNN

Viena, lunes 30 de abril de 1860 (15.00h)

Los emperadores de Austria, Franz Josef y Elisabeth, se disponían a iniciar una visita oficial a la región de Galitzia.⁷

7. Sur de Polonia y oeste de Ucrania que actualmente corresponde a las regiones de Cracovia y Lvov, y que pertenecía al imperio de los Habsburgo, con esta denominación.

La soberana subió la estrecha escalera que separaba los aposentos imperiales de las habitaciones de la archiduquesa Sofía para despedirse de sus hijos. Su suegra la recibió con extrema frialdad:

—¿Qué deseas?

—Dar un beso a los niños antes de partir.

—Me temo que no va a ser posible

—¿Qué habéis dicho?

—A ver si lo entiendes de una vez, ni Gisela ni Rudolf están disponibles en este momento.

—¿Por qué razón?

—Verás, Gisela está con el cardenal Rauscher,⁸ que la inicia en el sagrado deber de la confesión, y Rudolf duerme.

—¡Pero si mi hija sólo tiene cuatro años y es un ángel del cielo que no sabe lo que es pecar! —gritó Elisabeth mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas

—Baja la voz o despertarás al niño. A estas alturas deberías saber que las obligaciones con Dios hay que asumirlas con prontitud.

—Pero...

—Es inútil, ahora no puedes verlos.

—¡Soy su madre!

—Pues compórtate como tal. El deber de una emperatriz es estar al lado del emperador. Para cuidar de los archiduques dispones de niñeras, de nodrizas y de tu suegra, que te ayuda en todo lo que puede.

Elisabeth no contestó. Con el rostro enrojecido por la ira se acercó a la chimenea, guardó silencio unos segundos, luego clavó su mirada herida en los ojos de Sofía y le espetó:

—Si Satanás se convirtiera en mujer no os quepa la menor duda de que se parecería a vos

—¡Desvergonzada!... —contestó crispada la archiduquesa, pero no le dio tiempo a terminar la frase.

En aquel momento el soberano acababa de entrar en la antecámara y Sofía no estaba dispuesta a perder la compostura en su presencia. Contuvo la cólera y saludó a su augusto hijo:

—Dios te guarde, Franz.

8. Arzobispo de Viena y confesor de la archiduquesa Sofía.

—Beso vuestra mano, madre.

Y fingió haber olvidado el incidente con su nuera para proseguir con cordialidad:

—Franzi,⁹ no sabes cuánto me alegro de verte. Siempre me he esforzado para ser tu mejor consejera, pero últimamente nuestros encuentros son muy escasos.

—Siento estar tan ocupado, querida madre, para no poder dedicaros el tiempo que os merecéis. Pero ahora buscaba a Elisabeth.

—Pues ya ves, nos acabas de encontrar a las dos —añadió con la mejor de las sonrisas, mientras señalaba a la emperatriz, que continuaba junto a la chimenea.

El monarca se acercó a su esposa, todavía inmóvil. La miró tiernamente y le preguntó:

—¿Cariño, qué te pasa? ¿Por qué te demoras tanto? Llevamos más de un cuarto de hora esperándote.

Sofía no desaprovechó la ocasión para exasperar, más si cabe, a Elisabeth:

—¿Lo ves? El emperador siempre tan puntual y tu perdiendo el tiempo en pequeñeces. Tu obligación es partir de inmediato para la Galitzia.

—Espera un momento, Franz —repuso Elisabeth—, quería despedirme de nuestros hijos, pero la archiduquesa no me lo permite.

—Rudolf duerme y Gisela está con Monseñor Rauscher —se apresuró a informar Sofía.

—Querida, ya ves que mamá se ocupa de ellos en todo momento, nosotros debemos irnos.

Franz Josef cogió a su esposa por el brazo, se despidió de la archiduquesa besándole nuevamente la mano, y añadió:

—Saludos, madre.

—Buen viaje, hijo mío. Adiós, Elisabeth.

Y ambos abandonaron la estancia.

Cuando la pareja imperial estaba a punto de subir a una calesa tirada por cuatro caballos píos, que les esperaba en el patio del palacio

9. Diminutivo empleado, en la más estricta intimidad, por la archiduquesa Sofía para llamar a su hijo.

del Schömburn, la emperatriz, con mirada severa, advirtió a su marido:

—Llegará el momento en que tendrás que escoger entre tu madre o yo.

HOTEL PALACE

Barcelona, miércoles 26 de mayo de 2004 (1.00h)

Braum llevaba rato acostado, pero no lograba conciliar el sueño. Su pensamiento le atormentaba. Desde el asunto de la Gutemberg Platz estaba seguro de que, involuntariamente, había irrumpido en los misterios del pasado.

Aquel trece de abril de 1945 —cuando los soviéticos liberaban Viena de los nazis— que con el paso de los años casi había conseguido olvidar, volvía a invadir sus recuerdos con sorprendente insistencia. Entonces él era un niño de diez años que estaba asustado. Su abuelo se sentó a su lado en las escaleras del sótano de la casa; mientras en las calles reinaba el terror, se sucedían tiros y emboscadas, y los gritos de dolor de los heridos, que se oían por todas partes, cedían a menudo al silencio de la muerte.

De repente su abuelo le rodeó la espalda con el brazo, y le dijo:

—No olvides, Heinrich, que si el archiduque Rudolf hubiera llegado a reinar, esto no habría ocurrido jamás.

Y ahora sabía que su abuelo tenía razón.

PALACIO DE SCHÖMBURN

Viena, 31 de julio de 1863 (16.00h)

La niñera del príncipe heredero entró precipitadamente en los aposentos de la archiduquesa Sofía y se arrodilló a sus pies para implorar clemencia:

—¡Alteza Imperial! Acaba de suceder algo terrible.

La joven empezó a temblar mientras las lágrimas acudían a sus ojos:

—¡Ha sido un accidente! No me siento con fuerzas para contároslo... No puedo... —y enmudeció.

—¡Por el amor de Dios, Leopoldina! ¡Dígame de una vez qué ha ocurrido! —exclamó exasperada la madre del emperador.

—Verá Alteza —se decidió al fin—, el archiduque Rudolf se ha caído.

—Bueno, tampoco debe de ser para tanto. A esta edad ya se sabe, cuatro arañazos, un ataque de llanto y a los cinco minutos todo olvidado. Debería usted tenerlo en cuenta.

—No se trata de eso, Alteza, el príncipe se ha dado de bruces en el suelo al caer desde la copa de un árbol. Tiene sangre en la cabeza y está muy pálido.

—¡Santo Cielo! —gritó la archiduquesa presa del pánico—, ¿quién está con él?

—La baronesa Welden.

—De su imprudente comportamiento, Leopoldina —la archiduquesa le fulminó con la mirada—, ya hablaremos más tarde. ¡Vamos!

Y dirigiéndose a uno de los lacayos le ordenó:

—Llamad al médico. Que venga cuanto antes al dormitorio del archiduque Rudolf. ¡Rápido!

PALACIO DE SCHÖMBRUNN

1.^a planta, habitaciones del príncipe heredero (16:15h)

Cuando la archiduquesa llegó habían colocado al niño en la cama. La herida de la cabeza no paraba de sangrar. Tenía el rostro apergaminado y la mirada apagada; sonrió levemente a su abuela y después perdió el conocimiento:

—¡Rudolf! ¡Rudolf! —gritó la madre del emperador mientras le golpeaba varias veces en la cara en espera de alguna reacción.

Entonces llegó el médico de la corte, que le examinó, le curó las lesiones, se las tapó con varios apósitos y después de una breve exploración diagnosticó una conmoción cerebral de gravedad todavía incierta. Sofía palideció; no lograba articular palabra y parecía ausente. Temía por la suerte del heredero y de la dinastía. Fue la condesa von Fürstenberg, que se acababa de unir al grupo alarmada por los co-

mentarios de los criados, quien intentó prevenirle de la gravedad de la situación:

—Alteza Imperial, ya que el emperador está ausente, habrá que avisar a la emperatriz...

—¿Todavía no sabe usted, condesa —le interrumpió la dama volviendo de nuevo a la realidad—, que es imposible informar a Su Majestad de tan penoso suceso sin poner en peligro su estado de ánimo y agudizar los extraños males que padece?

—Sí, Alteza, pero se trata de la vida de su hijo.

—¿Cree usted que nuestra soberana es capaz de tomar una decisión sensata?

La condesa von Fürstenberg se encogió de hombros.

Sofía continuó:

—Le garantizo que si le ponemos al corriente de lo sucedido, dentro de media hora tendremos dos enfermos y no sabremos a cuál atender primero. Enseguida se lo comunicaremos al emperador.

—Pero si está en Bad Gastein.¹⁰

—Gracias, condesa, por recordármelo, pero sé de sobra dónde se encuentra Su Majestad en estos momentos. Le mandaremos un telegrama, para esto sirven los inventos modernos.

Y ordenó:

—Que venga Crenneville.¹¹

Mientras tanto el archiduque seguía postrado en la cama sin dar muestras de cambio aparente. Su abuela sacó un rosario del bolsillo de su vestido y empezó a rezar. El resto de los presentes se unieron a su plegaria.

(18.00h)

Sofía ya empezaba a dudar de que sus súplicas al Todopoderoso surgieran efecto, cuando advirtió que el archiduque recuperaba el color. El médico de la corte, que no había dejado de vigilar su pulso, anunció una pronta recuperación. Y minutos más tarde el heredero abrió

10. Estación termal cerca de Salzburgo.

11. Ayuda de campo del emperador.

los ojos. Todos respiraron aliviados. La archiduquesa no paraba de abrazar al niño:

—Rudolf, hijo, ¿te encuentras bien?

—Me duele la cabeza, abuela —se quejó el príncipe.

—No te preocupes, que pronto se curará.

—¿Y mamá? ¿Dónde está? ¡Quiero que venga mamá!

—Esta mañana tu madre se ha ausentado de palacio y todavía no ha regresado, pero tranquilízate, porque papá está a punto de llegar.

Franz Josef, al tener noticia del accidente, interrumpió su entrevista con el rey de Prusia, y regresó a Viena en el tren imperial.

HOTEL PALACE

Barcelona, miércoles 26 de mayo de 2004 (3:30h)

Heinrich estaba a punto de quedarse dormido después de que su mente deambulara durante horas en los avatares de la historia. Fue el trece de abril de 1945 cuando su abuelo le habló por primera vez del archiduque Rudolf. Y habían tenido que pasar cincuenta y nueve años para que llegara a saber la verdad. Por fin, el sueño le venció.

PALACIO DE HOFBURG¹²

Viena, lunes 27 de febrero de 1865 (6.30h)

Gondrecourt, preceptor de Rudolf, entró en la habitación del archiduque. Se acercó sigilosamente a su cama y, cuando se encontraba a escasos metros del niño, disparó un tiro al aire. Rudolf se despertó y, asustado, estalló en llanto:

—Debéis ser más valiente, Alteza, o no llegaréis a emperador —le advirtió

—Esto no es cierto, mi general, voy a ser el mejor soberano que el Imperio haya tenido jamás, y me encargaré de que vos estéis siempre muy lejos de mí.

12. Palacio de invierno de la familia imperial en Viena.

—Sois demasiado insolente, Alteza. Tendremos que aumentar la disciplina. De momento hoy no habrá merienda. Vais a quedaros sin vuestra tarta preferida.

El príncipe no protestó, sólo miró con desdén al conde y se dispuso a iniciar sus quehaceres diarios. A media mañana exigió ver a su padre. Hacía menos de una hora que las cornetas y los tambores de la guardia de palacio anunciaban el regreso del soberano, que había permanecido varios días en Praga. Gondrecourt se lo negó, pero ante la insistencia del *kronprinz*, se lo consultó al conde de Crenneville, que autorizó la visita. El heredero, acompañado de su preceptor, atravesó los largos corredores del Hofburg, todos tapizados de color púrpura, y cruzó varias puertas de madera blanca con dibujos dorados, al más puro estilo rococó, hasta alcanzar el gabinete imperial:

—Alteza Imperial, general Gondrecourt, Su Majestad les está esperando —indicó el ayuda de campo.

Por fin entraron en el despacho del monarca, amplio y gélido, a pesar de que la estufa de cerámica funcionaba a pleno rendimiento. Dos grandes ventanales con cortinajes de damasco rojo recogidos a los lados iluminaban la estancia. Las sillas y los butacones estaban perfectamente alineados, como si nadie los moviera jamás, en espera de ser ocupados por los más altos dignatarios del Estado, o por aquellos que tenían el privilegio de ser recibidos por el soberano en audiencia privada. Todo se hallaba en el lugar exacto. Ni un solo expediente osaba asomarse por donde no debía. Rudolf sonrió al ver el retrato de la emperatriz colgado de la pared, la mirada de su madre le pareció lo único agradable de la austera decoración.

El emperador, de pie junto a una de las ventanas, abrió los brazos de par en par para abrazar a su hijo, que corría hacia él:

—¡Padre!

—No sabes cuánto me ha complacido que desearas tanto verme —le dijo mientras lo levantaba en brazos.

Justo en aquel momento se anunciaba el cambio de guardia en la Franzens Platz. El sonido de la música se dejaba sentir cada vez más cerca, mientras Franz Josef continuaba hablando con su hijo con la mirada clavada en la tropa:

—Cuando crezcas serás un buen soldado. El conde de Gondre-

court trabaja con esmero en tu formación militar para que tengas el mismo valor y coraje que los valientes de ahí fuera.

Después de una pausa continuó:

—Porque estos hombres ni me conocen, ni esperan nada de mí, únicamente están cumpliendo el servicio militar. Pero si mañana les necesito porque los enemigos atraviesan nuestras fronteras, responderán a mi llamada desde el primero hasta el último, y darán su vida por el Imperio. Después de mi muerte te convertirás en jefe supremo de este valeroso ejército y nunca deberás subestimar su lealtad. Todas mis esperanzas están puestas en ti, Rudolf.

El heredero miraba fascinado el desfile, sin prestar demasiada atención al discurso del emperador, y a modo de cumplido contestó:

—No os defraudaré, Sire.

PALACIO DE HOFBURG

(15.30h)

Había llegado la hora. El archiduque aprovechó el momento en que su preceptor estaba distraído leyendo el periódico, para salir de la habitación y emprender la huida.

Aquella mañana, desde el gabinete imperial, había descubierto que algunas de las entradas laterales de palacio que se abrían a la Franzensplatz no estaban vigiladas. Se escabulló por un laberinto de corredores y escaleras y llegó hasta una puerta cerrada con una balda. La abrió y al instante se mezcló con la muchedumbre que llenaba la plaza. Cruzó la bóveda que daba acceso a la entrada principal del Hofburg sin ser reconocido, y se fue en dirección a la Michaelerplatz.

Se paró frente al escaparate de la primera pastelería que encontró en su camino, y su mirada traviesa se detuvo en los botes repletos de bombones y golosinas que descansaban sobre el mostrador. Entró y encargó que le sirvieran una ración de la tarta de chocolate que aquel día Gondrecourt le había privado de comer al castigarle sin merienda.

Sentado frente a una mesa, debajo de un aplique cromado que disimulaba la tenue llama del gas gracias a una tulipa de cristal, esperaba cabizbajo su pastel, como si tratara de esconder su fechoría con-

templando el suelo de mármol blanco y negro del local. Se comió el bizcocho con avidez, pero como no llevaba dinero para pagarlo, el pastelero llamó a la policía.

El príncipe se presentó con descaro a la autoridad:

—Soy el hijo del emperador. Venid conmigo y os pagaran.

El agente le cogió de la mano, le miró a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rudolf, señor.

—¿Seguro que es cierto lo que dices, Rudolf?

—¡Claro!, señor —contestó con una sinceridad difícil de poner en duda—. Acompañadme a palacio y os darán el dinero.

—No es así como se hacen las cosas, Rudolf, si se entra en una pastelería para comprar un trozo de pastel, se debe pagar.

Entonces el niño, intranquilo, perdió la osadía y susurró:

—No soy ningún mentiroso, sólo quería un poco de tarta.

Y rompió a llorar.

El policía le observó detenidamente; por su aspecto intuyó que podía decir la verdad, y ordenó a un centinela que se desplazara hasta el palacio imperial para averiguarlo. Y allí el subalterno encontró a Gondrecourt hecho una furia, dando órdenes a un pelotón de domésticos que buscaba al heredero por todas las dependencias palaciegas.

El archiduque, escoltado por la fuerza pública, regresó al Hofburg. El pastelero fue indemnizado, y el agente que estuvo a punto de detenerle, recompensado con un ducado que le entregó el *kronprinz*.

KAISERVILLA¹³

Bad Ischl, sábado 26 de agosto de 1865 (10.30h)

El coronel Latour de Thurmburg, subordinado del general Gondrecourt, preceptor de Rudolf, viajó hasta Bad Ischl¹⁴ para ser recibido

13. Residencia imperial en Bad Ischl.

14. Balneario donde la familia Imperial pasaba sus vacaciones de verano, en la región de Salzkammergret, a 55 kilómetros al este de Salzburgo.

por la emperatriz en su gabinete de la *Kaiservilla*. El motivo, comentar la salud del heredero, que desde que estaba bajo la severa vigilancia del general padecía todo tipo de trastornos físicos.

De todos era sabido que Gondrecourt había recibido órdenes estrictas del emperador para que educara con rigidez al archiduque y le convirtiera en un buen soldado. Cuando aceptó el encargo, el monarca le comunicó:

—Su alteza imperial está física y mentalmente más desarrollado que otros niños de su edad, pero es de carácter impulsivo, nervioso e irritable, por lo que conviene reprimir con prudencia su desarrollo psíquico, para que se mantenga en sincronía con el de su cuerpo.¹⁵

Gondrecourt acató los deseos de Franz Josef y instruyó hasta el agotamiento al *kronprinz*. Su antigua institutriz, la baronesa Welden, llegó a arrodillarse ante el monarca y suplicarle una educación más flexible para el niño. Latour había acudido a entrevistarse con la soberana para exponerle su punto de vista:

—Coronel Latour, podéis pasar —le indicó una de las damas de la emperatriz—, Su Majestad os espera.

Cuando entró, Elisabeth estaba sentada escribiendo una carta. El coronel se inclinó ceremoniosamente, y se fijó en cómo la soberana sostenía la pluma con los dedos torcidos. Pensó que debía de tratarse de un hábito adquirido en la niñez, y que nadie se había molestado en corregirle. La emperatriz, sin dejar de mirar el papel, le ordenó:

—Sentaos, coronel Latour, en seguida os atenderé.

Latour continuaba observándola. Mantenía los ojos clavados en la punta de la pluma, y daba la impresión de querer someterla a una caligrafía clara y limpia. Pero la escritura, despiadada, decidía revelarse y las palabras se atropellaban las unas con las otras, libres de cualquier orden. Además, hacía grandes manchas de tinta.

—Esta mala letra que hago es como yo: no quiere dejarse esclavizar¹⁶ —le dijo mientras pasaba un papel secante por encima de lo escrito.

15. De *Rodolphe et Mayerling*, de Jean Paul Bled, pág. 21.

16. De *Sissi*, de Constantin Christomanos, pág. 47.

Después se levantó y se acercó a Latour, que en seguida se puso de pie para volver a inclinarse.

—Bien sabéis que me halaga vuestra visita, coronel, aunque me gustaría conocer los motivos que os han obligado a viajar desde Viena.

—No os lo dije en mi telegrama, Majestad, para no inquietaros, pero sólo obedecen a mi preocupación por el bienestar de vuestro hijo, el archiduque Rudolf.

—Sentaos, por favor —y ambos se acomodaron en mullidos butacones—, su salud me tiene muy preocupada, vos diréis.

—Diariamente Su Alteza Imperial se ve obligado a realizar ejercicios de fortalecimiento corporal y físico de gran dureza, que le producen trastornos de todo tipo.

—¿Queréis decir, coronel, que los enfriamientos, dolores de estómago y todas las molestias que de un tiempo a esta parte viene padeciendo el archiduque son debidas a la rigidez de su formación?

—Me atrevería a asegurarlo, Majestad.

—¿Ya habéis hablado de ello con el emperador, coronel?

—Por supuesto que no, Majestad, todo el mundo sabe que el general Gondrecourt se limita a ejecutar las órdenes de vuestro esposo.

Latour le relató todos los pormenores de la instrucción que a diario tenía que sufrir el príncipe. Elisabeth estaba cada vez más enojada. De repente se levantó de su asiento y empezó a caminar por la sala con las manos cruzadas detrás de la espalda. Tenía el rostro circunspecto y su mirada reflejaba una profunda tristeza. Se acercó a la ventana y contempló el cielo, que después de la tormenta de la noche anterior era de un azul diáfano. Luego se volvió, detuvo sus hermosos ojos en los del coronel y con la voz quebrada de dolor le explicó:

—Veréis, la archiduquesa Sofía nunca me ha permitido estar cerca de mis hijos, ni me ha dejado intervenir en su educación, y mi marido no ha sabido imponerse a la voluntad de su madre. Pero os aseguro que esto se ha acabado, no voy a tolerar que conviertan a Rudolf en un cretino, con los estúpidos sistemas educativos de un preceptor sádico... ¡Intentar transformar en héroe a un niño de siete años mediante curas de agua y de terror es una verdadera locura!

—Estoy totalmente de acuerdo con vuestra Majestad.

—Gracias, coronel, por haberme hecho comprender las verdade-

ras causas de la enfermedad de mi hijo. Les pondré remedio de inmediato.

—Será un gran alivio para el pequeño archiduque, señora.

—Os mantendré informado

Entonces Latour se levantó y se despidió de la emperatriz con una respetuosa reverencia.

KAISERVILLA

Bad Ischl, domingo 27 de agosto de 1865 (18.00h)

Elisabeth acababa de entrar en el despacho del emperador sin ser anunciada. Franz Josef, sorprendido por aquel imprevisto encuentro, despidió a su ayuda de campo, el conde de Crenneville, y le recibió con un afectuoso abrazo:

—Siempre es un placer inesperado volver a verte, querida, antes de que huyas de nuevo de mi lado.

—Los únicos culpables de mis ausencias son tu madre y su camarilla cortesana, que como ya sabes, me hacen la vida imposible siempre que pueden.

El soberano no contestó y la emperatriz continuó hablando en voz baja:

—Me sorprende que todavía no lo hayas comprendido, querido. Y no sabes cuánto me defraudas. Porque aunque alguien pudiera creer que actuamos como dos extraños, pensaba que nos conocíamos mejor que otras parejas más unidas.

—Sí, yo también lo creía, y me siento desengañado. Lamento que a menudo olvides que compartimos hogar e hijos, y cada vez estemos más alejados el uno del otro.

El monarca frunció el ceño y, con gesto contrariado, añadió:

—Y, desgraciadamente, ésta no es mi voluntad.

—Si se le puede llamar hogar a un palacio impersonal, privado de fantasía y habitado por gentes extrañas, lo compartimos. Pero lo que sí es cierto es que tenemos dos hijos en común, y de ellos he venido a hablarte.

El emperador condujo a su esposa hasta un pequeño canapé y la invitó a sentarse, pero la emperatriz prefirió seguir de pie mientras él

se acomodaba en el sillón de detrás del escritorio y la contemplaba fascinado. Fuera cual fuera el asunto que tanto parecía inquietarle, estaba dispuesto a invertir ternura y resignación para cumplir sus deseos. A su juicio era el precio que debía pagar por su apuesta temeraria en el amor, al desoír los consejos de quienes intentaban disuadirle para que no se casara con ella y contrajera matrimonio con su hermana, la princesa Elena de Baviera.

Entonces le animó a iniciar la conversación:

—Tú dirás, querida.

Elisabeth se colocó frente a su marido con las manos apoyadas en la mesa y el cuerpo ligeramente inclinado hacía delante, permaneció en silencio unos instantes, con los ojos fijos en su rostro. Conocía perfectamente el magnetismo que en el soberano ejercía la magia de su mirada. Por fin le dijo:

—He aguantado los excesos del preceptor de nuestro hijo en espera de que las cosas cambiaran y se tuviera en cuenta mi opinión. Pero he tenido que desengañarme, porque a nadie parece interesarle mi punto de vista.

Franz Josef la escuchó sin replicar, y todavía más enojada prosiguió:

—Se me acaba de informar de que sus absurdas terapias físicas ponen en peligro la vida de Rudolf. Por tanto, debo advertirte que si Gondrecourt no es inmediatamente destituido —la voz de la soberana iba subiendo de tono y adquiriendo mayor firmeza—, y si a partir de este momento no se me conceden plenos poderes en todo lo referente a los niños, incluyendo el completo encauzamiento de su educación hasta su mayoría de edad, me veré obligada a abandonarte.¹⁷

El ultimátum dejó al emperador sin palabras. Elisabeth sabía que si se enfrentaba a él con decisión, quedaría tan sorprendido que aceptaría su voluntad. Ya hacía tiempo que se había acostumbrado a sus largas ausencias cuando, agobiada por las presiones de la corte, se alejaba a menudo de Viena, pero no soportaba la idea de perderla para siempre, porque a pesar de sentirse desencantado y abandonado a su soledad, nunca había dejado de amarla intensamente, y estupefacto ante su reacción se limitó a contestar:

17. Fragmento de la carta enviada por la emperatriz al emperador el 27 de agosto de 1865.

—Veré lo que puedo hacer.

La emperatriz intuyó que esta vez había ganado la batalla y añadió:

—Siempre te estaré infinitamente agradecida.

Y a modo de despedida besó a su esposo en la mejilla y desapareció con rapidez.

Franz Josef, ensimismado, observó a su mujer cuando se iba y, sin proponérselo, le asaltaron los recuerdos del *divino séjour de Ischl*.¹⁸ Su primer encuentro con la joven princesa bávara, mientras tomaban el te. Elisabeth tenía entonces quince años y su belleza resplandecía a pesar de llevar un vestido de luto: «Estaba deliciosa —pensó—, y aunque el paso del tiempo todo lo empeora, ahora resulta que cada día me seduce más». Y recordó aquel paseo por los alrededores de Hallstatt,¹⁹ al sol del crepúsculo, cuando el aire frío de las montañas amenazaba con resfriar a su prometida y él la envolvió delicadamente con el abrigo de su uniforme militar. Su despedida en Salzburgo, en espera de que regresara a Viena para la boda. Y también cuando no se avergonzaba de confesar a sus familiares que «sus pensamientos volaban con inmensa añoranza hacia occidente».²⁰ El suyo había sido un caso de rara suerte, ya que el amor coincidió con la razón de estado y se casó en el altar de la Augustinerkirche²¹ con la elegida por su corazón. Pero con el transcurrir de los años todo lo que Elisabeth hacía le hería en lo más profundo de su ser, aunque su belleza y su inteligencia le subyugaban.

KAISERVILLA

Bad Ischl, martes 29 de agosto de 1865 (9.00h)

El emperador relevó a Gondrecourt de su cargo. Y gracias a la intervención de Elisabeth, nombró al coronel Latour nuevo preceptor del *kronprinz*.

18. Tal como llamaba el emperador a los días en que conoció a su esposa.

19. Localidad cerca de Salzburgo, a orillas del lago Hallstättersee.

20. De Sisi Emperatriz contra su Voluntad, de Brigitte Hamann, pág. 27.

21. Iglesia de los Agustinos de Viena, templo elegido por los emperadores de Austria para contraer matrimonio.

Latour era un militar de mentalidad abierta, tratado con hostilidad en ciertos círculos de la Corte debido a su liberalismo, que en más de una ocasión le obligó a enfrentarse a diversas confabulaciones. Y para mayor sorpresa de los miembros más conservadores de la familia imperial, no era aristócrata. El coronel había acudido al despacho del soberano para aceptar el nombramiento y recibir sus instrucciones:

—Coronel Latour, Su Alteza Imperial el archiduque Rudolf no debe ser un libre pensador, pero sí estar familiarizado con la realidad y las exigencias de su época.²²

—Así será, Majestad —contestó respetuosamente el coronel mientras se inclinaba. Y después salió del gabinete.

El nuevo preceptor comprendió en seguida el objetivo de su misión y aplicó varias reformas al programa educativo del príncipe heredero. Sustituyó la relación de fuerza, establecida con su antecesor, por un trato de confianza. Y la educación intelectual adquirió prioridad sobre la física. La emperatriz dejó en sus manos la elección de los profesores, todos ellos burgueses ilustrados, influenciados por la corriente liberal decimonónica, antimonárquicos y anticlericales.

Grondecourt, mientras tanto, no paraba de insistir en el hecho de que se había limitado a cumplir las exigencias del monarca:

—Tengo la tranquilidad —decía—, de haber hecho lo que me ordenó Su Majestad, y no encuentro nada que reprocharme en relación a mi modo de proceder con el archiduque Rudolf. Me satisfacía enormemente ver como el emperador compartía mis opiniones sobre la educación de su hijo.²³

HOTEL PALACE

Barcelona, miércoles 26 de mayo de 2004 (6.00h)

Heinrich Braum durmió profundamente después de haber explorado en su pasado antes de alcanzar el sueño. Ahora le costaba levantarse.

22. De *Rodolphe et Mayerling*, de Jean Paul Bled, pág. 21.

23. De *Sisi Emperatriz contra su Voluntad*, de Brigitte Hamann, pág. 118.